

Paulo Donoso Johnson

*Recepción histórica y política de las Historias de Tucídides.
Algunos casos en lengua hispana*

Instituto de Historia, P. Universidad Católica de Valparaíso,
Valparaíso, 2018, 205 pp.

Se trata de un capítulo de una fascinante historia espiritual: la historia de la recepción de los clásicos griegos, acotada al mundo de habla hispánica, y que el profesor Paulo Donoso –como parte de su tesis doctoral- ha acotado aún más, a una precisa “lectura histórica y cultural” de las traducciones de Tucídides. Una lectura, nos dice, en los ámbitos en que existe una continuidad dada por el idioma, la tradición interpretativa y la importancia que la obra del historiador ateniense ha tenido aun fuera de los medios académicos.

Paulo Donoso comienza su lectura (cap. I) por la temprana recepción de la obra de Tucídides en España, esto es, en el siglo XIV. Un personaje clave en esta historia intelectual es el Gran Maestre de la Orden de San Juan de Jerusalén (en Rodas), Juan Fernández de Heredia. Este jefe político y militar, a la vez que cronista y compilador, emprende la traducción de Tucídides al aragonés (*c* 1384-1396), probablemente respondiendo a la solicitud del rey de Aragón. En realidad, su obra es una antología de los discursos tucídideos; Donoso se detiene en algunos de estos, indicando particularidades de la *translatio*: por ejemplo, *doctrina* vierte *páideusis* en 2.41.1, el famoso pasaje en que se habla de Atenas como “escuela de Grecia” (un siglo después Nebrija incorpora *doctrinar* a su diccionario, en el sentido de “instruir, enseñar”); el *árkhein* de 6.38.5 (discurso de Atenágoras) es trasladado como *senyorear*. Como curiosidad, Siracusa es “Saragoça”. El autor señala que la obra de Heredia, más que una simple traducción, es una asimilación y una aculturación del texto clásico.

El capítulo II nos anuncia, más ampliamente, la recepción de los clásicos griegos en España en el siglo XVI. Con una noticia sobre el Renacimiento y el humanismo

en la península, el autor señala las dificultades del humanismo español, no obstante que las universidades de Salamanca y de Alcalá de Henares contemplaban cátedras de griego: precisamente una traducción latina de Tucídides, obra de un humanista luterano alemán, se encontraba en el *Index librorum prohibitorum* de 1583. Mas se pisa terreno firme con Diego Gracián de Alderete, erasmista y discípulo de Vives, secretario políglota de Carlos V, traductor de Plutarco, Isócrates y Jenofonte, además de Tucídides.

Gracián traduce pues la *Historia de Thucydides* (Salamanca, 1564), destacando en el título que “está llena de Oraciones y razonamientos prudentes y auisados a proposito de paz y de guerra”; oraciones que –agrega– “contienen en si una doctrina universal de todas las cosas”. El editor y traductor incluye un epigrama atribuido a Tucídides, tomado de la *Antología Palatina*, y una tabla comparativa de los discursos del autor griego y de los de Tito Livio, clasificados por géneros (deliberativo, demostrativo, judicial). No sólo eso: Gracián, que conocía la traducción latina de Valla, la francesa de Seyssel y otras, es crítico de la obra de sus predecesores (traducciones mentirosas, dice, que omiten “pedazos y cláusulas enteras”). Su propia obra no está libre de defectos: Donoso repara en la “castellanización” de los versos del Himno Homérico del l. III (la que, sin embargo, no carece de gracia); en cambio, “ayuntamiento” por *xúnodos* no está mal, en el sentido de “junta” (RAE). Más de nota es que Gracián haga morir a Brásidas en el episodio de Pylos, en el l. IV, sin duda por una lectura apresurada del texto griego (y sin perjuicio de que el general lacedemonio deba reaparecer ulteriormente). Donoso agrega el detalle pintoresco de que, en manos de editores españoles posteriores que utilizaban la misma traducción, la captura del escudo de Brásidas se convirtiera en la captura de su cadáver. Pero el humanista ha sufrido modernamente la crítica implacable de Lasso de la Vega, López Rueda y Rodríguez Adrados, entre otros: Gracián habría seguido simplemente a Valla y a Seyssel, su obra está llena de errores, su estilo es “difuso y deslavazado”... Donoso defiende el valor literario y cultural de la traducción de Gracián: no puede darse por establecido, sostiene, que haya traducido del francés. Claro está que algunos de los argumentos de nuestro autor no son del todo convincentes: que el traductor afirme que su traducción fue directa, evidentemente nada prueba; como tampoco la consideración de que no hubiera sido lógico que criticara otras traducciones si él incurría en los mismos vicios. Con todo, seguramente tiene razón Donoso cuando recuerda que en el siglo XVI el arte de la traducción no tenía los mismos criterios de hoy, y que Gracián tenía sin duda más alma de escritor que de traductor.

Finalmente, vemos a Tucídides en Chile (cap. III). Donoso nos sitúa primero en el contexto de los estudios griegos durante la época colonial, en el siglo XIX y en la primera mitad del XX, necesariamente pobres, y en los que nuestro historiador no aparece de modo específico. Los estudios tucídideos comienzan propiamente con el profesor de origen esmirniota Fotios Malleros, quien publica en 1949 una traducción del Discurso Fúnebre. Malleros fue también el primer bizantinista en Chile, fundador de un centro especializado en el seno de la Universidad de Chile. Se inició así a mediados del siglo una modesta pero digna tradición de estudios clásicos en el país. En cuanto a traducciones de Tucídides, Donoso destaca justamente los nombres de Antonio Arbea, autor en 1983 de una edición del Discurso Fúnebre, que “recompone articuladamente (el texto griego) acentuando la riqueza lingüística

del idioma castellano”, y de Alfonso Gómez-Lobo, “primer profesor del siglo XX en dedicarse decididamente al estudio de Tucídides”, que tradujo el *Dílogo de los Melios* y una selección de “discursos histórico-políticos”. A continuación, Donoso sigue al historiador ateniense en la política chilena y en los estudios de estrategia militar, pero aquí las alusiones a Tucídides son, comprensiblemente, más bien ocasionales y retóricas. Pensamos que todo este capítulo, dado no puede hablarse de una gran recepción en nuestro país, hubiera estado mejor como un apéndice.

En su conclusión, Donoso sostiene que las dificultades de traducir el griego al castellano en los siglos XV y XVI eran propias también en el caso de otras lenguas románicas: en una época en que la tradición de la disciplina filológica estaba recién en sus comienzos, los humanistas, con mayor o menor distancia del texto griego, pretendieron sus propias creaciones: la *conversio* era también, implícitamente, *commutatio*. Con todo, España continuó una tradición; la misma fue más débil en los países hispanoamericanos, pero no ha estado ausente.

Hubiéramos deseado que se nos mostrara la situación de la recepción tucídidea en Argentina, México y otros países del continente, que habrían proporcionado la medida de lo que se ha hecho en Chile; con seguridad, ello estuvo fuera del marco que se propuso el autor (“*algunos casos* en lengua hispana”). Por otra parte, Tucídides es sin duda un historiador político, y no es casualidad que sus primeros traductores al romance español fueran hombres ligados a la política y el poder; por lo mismo, hubiera sido interesante un mayor desarrollo de la “recepción política” de nuestro historiador –Donoso menciona sólo de pasada el interés que despertó en los medios académicos norteamericanos durante la Guerra Fría. Ello no obstante, esta obra tiene el gran mérito de informarnos no sólo de la perenne actualidad de Tucídides, sino de un capítulo de la tradición clásica, que su autor prolonga promisoriamente en nuestro país.

ERWIN ROBERTSON

Universidad Metropolitana de
Ciencias de la Educación